

La preparación y justificación de la fe

En la vida real hay tantos caminos que conducen a la fe como hombres. Sobre este punto no se pueden establecer reglas universalmente válidas. No obstante, se pueden destacar algunos *aspectos fijos* dentro de los cuales se llega a ser creyente.

1. En primer lugar, es preciso afirmar que la fe es una *obra de la gracia*; no hay tentativas ni esfuerzos humanos que puedan engendrarla. Vano intento sería tratar de comunicar la fe por medio de pruebas racionales.

No obstante, adultos no católicos, o católicos que hayan perdido la fe, pueden ser *preparados* para creer, tanto en el terreno del entendimiento como en el de la voluntad. Iguales medios pueden servir para justificar la fe del que cree. Introducimos aquí una distinción entre el terreno del entendimiento y el de la voluntad; lo hacemos con vistas a mayor claridad, aunque las dos constituyen un todo vivo. El conocimiento ilumina la voluntad, y la voluntad, a su vez, inflama el entendimiento.

2. Preparación—respectivamente, justificación de la fe en el terreno del *entendimiento*—comprende varias realidades: *conocimiento de la autoridad de Dios, del hecho de la Revelación y del contenido de la verdad revelada*. Sólo el que conoce estas tres cosas es capaz de afirmar con un «sí» creyente la realidad manifestada en la Revelación. El conocimiento del hecho de la Revelación implica dos momentos: que Dios se reveló en Cristo y que en la Iglesia encontramos precisamente esa Revelación.

Estos hechos los demuestra la Teología fundamental o Apolo-gética, ciencia que cumple su misión al exponer e interpretar los *signa certissima*—signos seguros—de la Revelación, capaces de ser conocidos por todos. Tales signos son los milagros y las profecías, las manifestaciones del poder y fuerza de Dios.

En multitud de ocasiones la Escritura afirma que los milagros y las profecías son signos que corroboran o testimonian la Revelación (*Mt.* 9, 1-8; *Mc.* 16, 20; *Io.* 2, 11; 5, 36; 7, 31; 9, 30-34; 15, 24; 20, 30-31). En estos casos es sobre todo Dios el que pre-

senta pruebas para demostrar la verdad y existencia de la Revelación sin dar otra razón. Orígenes escribe: «Hay una prueba especial de nuestra fe; una prueba que sólo Dios puede dar y que es infinitamente superior a la dialéctica griega y a sus pruebas. De esta prueba suprema dice el Apóstol que es argumento «del espíritu y de la fuerza» (*I Cor.* 2, 4). Argumento «del espíritu» a causa de las profecías aptas para engendrar la fe en el lector, sobre todo en los pasajes que tratan de Cristo. Argumento de «la fuerza», a causa de los milagros extraordinarios cuya realidad demuestra—además de muchas otras cosas—el hecho de que se encuentran huellas de ellos en los que han ordenado su vida según la voluntad de la Palabra» (*Contra Celso*, libro 1, cap. 2; *BKV*, III, 8 y siguientes). Santo Tomás propugna idéntica doctrina (*Summa Theologica*, III, q. 43, a 1) al enseñar que la Revelación no se demuestra por razonamientos humanos, sino por las pruebas de la fuerza de Dios.

Los milagros y las obras de Dios crean *seguridad* y no mera probabilidad. Esta seguridad—debido al estado de cosas—no pertenece a un tipo, verbigracia, de conocimiento matemático; es una seguridad moral que se funda en este orden moral y excluye todo género de dudas razonables. A veces leemos en la Sagrada Escritura que Cristo no podía hacer milagros porque no encontraba fe. No quiere decir esto que la fe sea el fundamento de los milagros, sino que los milagros no son obras maravillosas y espectaculares destinadas a llamar la atención, fascinar y subyugar a los hombres. Dios, cuando obra milagros, quiere conmover ante todo el yo personal del hombre, y eso presupone siempre una actitud de buena voluntad (*Mc.* 9, 23). He aquí el alcance del argumento deducido de los milagros y de la gracia. Son los milagros capaces de sacar al hombre de su estado de indiferencia, de incitarlo a tomar una decisión en favor de la fe, de conducirlo desde afuera hasta el santuario de la divina Revelación; pero no pueden llevarlo a su mismo interior. Pueden mostrar la credibilidad de la Revelación, mas sólo desde fuera y a base de su razonabilidad y de su esencia misteriosa. Pueden demostrar que la fe es conforme a la razón y obligatoria, pero no pueden engendrar esa fe (*motiva credibilitatis et credentitatis*). Sólo la fe es capaz de captar (no de comprender) el misterio íntimo de la Revelación. Los milagros y profecías son preámbulos de la fe; vienen de Dios y su destino divino consiste en acompañar a la Revelación.

La autoridad de Dios es el fundamento de la fe. En lo que Dios nos dice creemos no por razón de las pruebas que podemos aducir, sino en virtud de la misma autoridad de Dios, por ser El quien es y por su propia e íntima *autotestificación*. Nuestras pruebas de su credibilidad no son más que incentivos, estímulos; no hay prueba alguna de tal trascendencia demostrativa que, fundando en ella el acto de la fe, llegue a ser conclusión final lógicamente deducida. El creyente llega a la fe en un acto de *decisión*. El que esa decisión no sea irracional—que no sea un salto de lo oscuro a lo oscuro—es un efecto debido a las «pruebas» de la Revelación.

Pero no todos obtienen o conservan la fe a pesar de la existencia de milagros y profecías. Para explicar este hecho hemos de distinguir entre *fuerza demostrativa* y *fuerza de convicción*. El lenguaje de los milagros no se dirige sólo al entendimiento, sino también a la voluntad y al corazón; son llamadas que nos mandan hacer penitencia (*Mt.* 11, 20-24; 12, 38-42). Para un hombre de corazón impenitente, que se hace el sordo a las llamadas de Dios, los milagros serán piedra de escándalo, motivo de obcecación y no de iluminación, camino del juicio y no de la Salud. Jesús dice que son bienaventurados los que no se escandalizan de sus milagros (*Mt.* 11, 1-6). «Sólo para el hombre de buena voluntad los milagros son signos de Salud.» En estas palabras se manifiesta el doble carácter de los milagros: servir de prueba o de escándalo. Ocasión de escándalo y caída, sino de contradicción para quien se acerca a considerarlos sin buena voluntad y con corazón torcido (*Lc.* 2, 34). Para servirnos de palabras pronunciadas por Cristo, quien pertenece a un linaje perverso y adúltero (*Mt.* 12, 39) y los que tienen una voluntad tan viciada que colocados ante el milagro no buscan la gloria de Dios, sino a sí mismos, ya sea que trate de satisfacer su curiosidad, ya sea que quiera obstinarse en su orgullo religioso o en su soberbia racionalista. A quien, como Herodes, exige signos milagrosos para satisfacer su afición a las cosas espectaculares, Jesucristo no da respuesta alguna (*Lc.* 22, 8-10). Los verdaderos signos de Dios no son portentos destinados a llamar la atención. El que como los fariseos y racionalistas limitan la libertad divina de hacer milagros guiándose según las normas del poder del hombre, para ellos los signos milagrosos serán motivo de mayor ceguera, a causa de la ceguera de su propio corazón (*Mc.* 3, 5). Los fariseos, porque se atenían a la comprensión humana de la ley (*Mt.* 12, 9-14; *Mc.* 3, 1-6; *Lc.* 6, 6-11; *Io.* 9, 16);

los racionalistas, porque hacían alarde de su concepto racional de Dios y los signos milagrosos no podían ser captados por su razón (Söhngen, *Wunderzeichen und Glaube*, en «Catholica», 4, 1937, 154-164; en lo que venimos diciendo hasta ahora en este párrafo hemos seguido a menudo los razonamientos expuestos por Söhngen en el artículo citado).

La obcecación puede llegar a adoptar terribles formas. Sólo así podría demostrarse el hecho de que el Sanedrín judío decidiera matar a Jesús para que todo un pueblo no creyera en Él a causa de sus milagros (Io. 11, 46-59); para decidirse a matar a Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos, porque muchos judíos «iban y creían en él» (Io. 12, 10-11).

Así como hay muchos que no se dejan convencer del hecho de la Revelación por las pruebas que la Teología fundamental, como ciencia teológica, deduce de los milagros y de las profecías, de forma que esa prueba no les impulsa a decidirse a creer; o también el estímulo que induce a creer puede provenir de motivos de por sí lógicamente rectos, pero cuya eficacia concreta se debe psicológicamente a predisposiciones naturales o aptitudes psíquicas de una persona determinada (el testimonio de los padres, el sentimiento de seguridad, satisface las ansias de verdad y amor, plenitud de vida en la Iglesia, elevación moral, bellezas de la liturgia, consuelo en la hora de la muerte, sentido de la existencia, orden social, etc.).

Los católicos a quienes el bautismo les dotó del órgano de la fe (*lumen fidei*), que reciben continuamente la fe de la Iglesia y viven en la fe de la Iglesia, no pueden dudar nunca con razones *objetivamente válidas* del hecho de la Revelación (*Vaticanum*, sección 3.^a, cap. 3, D. 1794; prop. 6, D. 1815). Es un dogma. Dios es la fuente de la ciencia y de la fe; entre ambas no puede existir colisión alguna y las aparentes contradicciones provendrán o de falsas interpretaciones de la Revelación o de teorías científicas erróneas y no suficientemente fundadas. Es cierto que a veces se pueden presentar dificultades. Dios—totalmente distinto de la criatura—y naturalmente la Revelación que nos conduce a lo íntimo de su propia vida, podrá parecernos a menudo extraña y desconcertante. Tales dificultades y tensiones las debemos considerar como lucha necesaria, como una carga ineludible; pero desaparecerán con tanta más facilidad cuanto más nos esforcemos por apropiarnos internamente la Revelación de Dios. En el terreno de lo

humano pueden ser comparadas, para explicarlas de alguna manera, con las luchas que aparecen en todo tipo de relaciones netamente humanas.

Según el parecer de muchos teólogos, el Concilio Vaticano no sólo definió el dogma de que los católicos no pueden tener nunca motivos objetivamente válidos para dudar o abandonar la fe, sino también que los católicos no pueden tener nunca motivos subjetivamente fundados. Es decir, que la duda y la apostasía son siempre culpables, ya sea que la culpa se halle en el acto mismo de la apostasía, ya sea que el origen deba buscarse en el descuido de los deberes impuestos por la fe (descuido que precederá a la duda o a la apostasía). La mayoría de los teólogos se sienten inclinados, no obstante, a admitir que se pueden considerar como excepciones los casos en que un creyente, sin culpa propia, haya incurrido en dificultades anormales. Pueden darse casos en los que católicos «incultos»—si nos es permitido usar tal vocablo empleado en las deliberaciones del Concilio Vaticano, a pesar de ser personas cultas bajo otros puntos de vista—no llegaran jamás a comprender la verdadera esencia del Cristianismo, su estructura interna, su sentido y finalidad, conociendo sólo cosas aisladas de la fe; estos hombres pueden comenzar a dudar del hecho de la Revelación, debido a circunstancias personales, sin tener por ello culpa alguna (Grandérath, *Constitutiones dogmaticas Oecumenici Concilii*, 61 y siguientes). Tal es la justa interpretación del Concilio, mantenida por la mayor parte de los teólogos; por lo demás, cada uno está obligado a obrar según su propia conciencia (aunque ésta se deba formar de acuerdo con los dictámenes de la Revelación).

3. En el terreno de la *voluntad* el acto de la fe se prepara, se asegura, de dos maneras: *aplicando* el entendimiento a la consideración de los motivos de credibilidad, y *eliminando los obstáculos que en el terreno de la voluntad se oponen a la fe* (orgullo, pasión, prejuicios, superficialidad). Ambas funciones de la voluntad van íntimamente entrelazadas. Sólo cuando el hombre esté dispuesto a reconocer una realidad superior a sí mismo, y, por consiguiente, cuando renuncia él a ser norma absoluta a su propio pensar y obrar, podrá tener en cuenta la posibilidad de una Revelación sobrenatural y consagrarle su atención. Estar dispuesto a encontrar a Dios—voluntad de encontrarle—es el mejor estímulo que nos induce a considerar el misterio de Dios manifestado por la Revelación. La entrega en manos de Dios—acto mediante el cual nos

decidimos de antemano a aceptar la fe—es una fuerza inicial estimulante, pero no se halla sólo al principio del camino que conduce a la fe: acompaña y penetra continuamente el pensamiento, hasta el mismo momento en que se consuma el acto de fe; ni aun entonces deja de existir, sino que se une con la fe del hombre con fuerza capaz de mantenerle en un estado de movimiento hacia Dios. Cuanto más dispuestos estamos a escuchar la voz de Dios, tanto más viva y clara resuena esa voz. El amor nos abre los ojos para que veamos su claridad y su vitalidad; por otra parte, los progresos del conocimiento aumentan y fortifican el mismo amor.

Resulta, pues, que la voluntad es una potencia decisiva del espíritu humano en lo que concierne al desarrollo de la fe y a la superación de los peligros que pueden amenazarla. Para que la fe pueda subsistir, el yo humano tiene que renunciar a su orgullo entregándose a Dios. Esta renuncia no es un abandono del propio ser; el que la lleva a cabo se gana a sí mismo en Dios. La fe en Dios comprende la fe del hombre en sí mismo, la fe en su yo elevado en Dios y por Dios a la gloria de la vida divina (v. H. Kalthoff, *Glauben und Wissen bei Friedrich Schlegel*, 1939, 31-56).

Cristo mismo enseñó que la Revelación, mediante actividades adecuadas de la voluntad, adquiere una confirmación de importancia trascendental, al decirnos: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. Quien quisiere cumplir su voluntad, conocerá si mi doctrina es de Dios o si Yo hablo por mi propia cuenta» (*Io. 7, 16 y sigs.*). Por tanto, quien cumple la voluntad de Dios, tiene capacidad para reconocer el origen divino de la doctrina de Jesús, precisamente por el parentesco espiritual que le vincula a Dios. Los oyentes de Jesús fueron incapaces de reconocer ese origen, por no tener afinidad alguna con Dios. «Sólo el que esté dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, es capaz de reconocer lo divino donde quiera que se le presente. El Sol sólo se refleja en lagos tranquilos y claros de la montaña; las aguas desbordadas y agitadas no reflejan su imagen clara e inmaculada» (F. Tillman, *Das Johannesevangelium*, 127).

Los judíos se obstinaron en no admitir la fe, como dijo Cristo, porque no amaban ni buscaban la gloria de Dios, sino la suya propia (*Io. 5, 41-45*). Cristo es de arriba, ellos de abajo; ellos, hijos de este mundo, y Cristo no (*Io. 8, 23*); porque sienten interés sólo hacia las cosas de este mundo, y, además, orgullo de descender de Abraham; orgullo a fin de cuentas, de sangre, de abolengo (*Io. 8,*

33-41). Presupuesta esta actividad moral, son inútiles toda clase de enseñanzas, avisos y amonestaciones. Es tiempo perdido el empleado en hablar con ellos (*Io.* 8, 25). Odian y rechazan a Cristo —aun reconociendo su pureza de costumbres—, no sólo porque Dios no es ya el padre de ellos, sino porque son directamente hijos del demonio. «Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí, porque yo de Dios salí y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que El me envió. ¿Por qué no reconocéis mi habla? Porque no estáis en disposición de oír mis palabras. Vosotros tenéis por padre al diablo y deseáis cumplir los deseos de vuestro padre. El era homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad porque no hay verdad en él. Cuando habla la mentira, habla de su cosecha, porque es mentiroso y padre de la mentira.» Cuando habla la mentira, habla de lo que le es propio: él es mentiroso (*Io.* 8, 42-44). Tillmann escribe (*o. c.*, 146) lo que sigue: «Los judíos tenían que considerar la palabra de Jesús como un lenguaje extraño; la razón de esto hay que buscarla en la actitud misma de los judíos. No pueden comprender sus palabras porque no les habla en su lengua materna. Carecen de los órganos apropiados para aceptar las ideas, la doctrina y la verdad de Jesús». Los judíos no podían creer en El a causa de la ceguera y del endurecimiento de sus corazones (*Io.* 12, 37-40). De lo dicho resulta que, según la Escritura, la fe y la incredulidad no se fundan en la mayor o menor agudeza de ingenio, sino en actividades psicológicas o morales, en la decisión de la voluntad. Por eso, la incredulidad no puede ser refutada de un modo eficaz sólo con razones convincentes—aunque sus afirmaciones puedan ser rebatidas—, sino que ha de ser suprimida transformando los sentimientos del corazón. En último extremo, tenemos que confesar que acerca de los problemas de la fe y la incredulidad flota el misterio resplandeciente y oscuro de la predestinación divina (*Io.* 12, 37-40).